



El Congreso que fue como otra Revolución

La celebración, hace 45 años, del I Congreso del Partido Comunista de Cuba, representó un hito en la historia de la organización política

Juan Antonio Borrego

Como si imitara un topógrafo de los tantos que trabajaban entonces en los sistemas hidráulicos del central Uruguay, el hombre miró por encima del cabo de la guataca y no encontró ni señales del final en aquel surco interminable que sobre las once de la mañana lo había puesto a sudar camisa, pantalón y zapatos.

“Señores, me ha tocado el peor de todos, este se lo debieron de haber guardado a Joaquín Bernal, que es el inventor de los trabajos voluntarios en Sancti Spíritus”, les dijo a sus compañeros más cercanos en la faena.

Y cuando todavía no habían terminado de apagarse las carcajadas del grupo ante la ocurrencia del hablante, se oyó la voz inconfundible del mismísimo Joaquín Bernal Camero, a la sazón el primer secretario del Comité Provincial del Partido, que tres surcos más abajo estaba también, guataca en mano, lidiando con un yerbazal parecido y escuchando la conversación:

“Oiga, amigo, termine usted el suyo —le respondió el dirigente—, que yo voy a sacar el mío y le aseguro que tampoco está fácil”.

Convocado a propósito de la inminente celebración del VIII Congreso del Partido, el veterano dirigente espirituario no niega la veracidad de este episodio ni de otros que subyacen en el imaginario local y que en buena medida atestiguan ese vínculo imprescindible con el pueblo, un mandato de Fidel que, según él, el Partido debe tener presente en las verdes y en las maduras.

Joaquín, como se le sigue llamando en Sancti Spíritus tres décadas después de haber terminado su mandato, no tuvo que forzar mucho la memoria para regresar hasta aquellos tiempos que él define como “de mucha eferescencia y mucho aprendizaje”, en particular para retomar lo vivido a propósito de la celebración en el país del I Congreso de los comunistas cubanos (diciembre de 1975), un evento en el que él salió reconocido como miembro suplente del Comité Central y con la encomienda nada simple de formar una provincia nueva a partir de tres regiones diferentes.

“Nosotros fuimos como delegados de una provincia, Las Villas, y luego nos correspondió implantar las políticas aprobadas en otra porque enseguida comenzó la llamada nueva División Político-Administrativa (a mediados de 1976) y pasé a desempeñarme como primer secretario del Comité Provincial del PCC en Sancti Spíritus”, recuerda Bernal Camero.

Ya para entonces este tabaquero de Cabaiguán se había cultivado de manera autodidacta, en cursos políticos en el país y en la antigua Unión Soviética y sobre todo en la calle, escuchando a la gente, discutiendo; había sido secretario del PCC en las regiones de Escambray, Sagua la Grande, Santa Clara y Sancti Spíritus, y organizador del Partido en la otrora provincia de Las Villas.

¿Entonces a usted lo tenían como a un pitcher de relevo?, le pregunta *Escambray*.

“En buena medida sí, Milián —se refiere al veterano luchador comunista Arnaldo Milián Castro, entonces primer secretario en Las Villas— me mandaba para aque-



En el Congreso Fidel y Raúl fueron elegidos como Primer y Segundo Secretario del Comité Central del Partido, respectivamente.

llos lugares donde se presentaba algún problema; recuerdo que cuando me puso al frente de la región en Santa Clara, me dejó también en el cargo de organizador en la provincia, pero cuando hay juventud se puede todo, yo dirigía de día la región y de noche la provincia, donde en realidad tenía un magnífico equipo”.

Sobre aquel Congreso que para Joaquín Bernal fue “como otra Revolución”, él recuerda más que todo la profundidad de las discusiones en torno a la política de cuadros, los problemas de la economía, etc.; el impactante Informe Central presentado por Fidel y el ambiente que se vivía por aquellos días, luego de iniciada la epopeya de Angola.

TODOS LOS MÉRITOS EN EL COMITÉ CENTRAL

Cuando Fabio Grobart, con su indismulable acento polaco, presentó “al fundador, jefe y guía” de la Revolución como Primer Secretario del Comité Central del Partido, no solo se estaban reconociendo los incuestionables méritos de Fidel a la cabeza de todo el proceso que había transfigurado de manera radical la historia del país, sino su papel al frente de la organización política que él mismo había construido con paciencia de orfebre una década atrás.

Minutos después, el propio Fidel hablaría del significado del Congreso para la nación y para la consolidación del Partido, ahora reforzado su Buró Político con cinco valiosos compañeros: Blas Roca Calderío, “cuya vida es un monumento a la sencillez, a la modestia, al trabajo, a la identificación con la causa de los trabajadores”; José Ramón Machado Ventura, “cuyos méritos, cuyo carácter, cuyo prestigio y cuya autoridad son de todos conocidos”; Carlos Rafael Rodríguez, “cuya capacidad es proverbial, porque aun en la época del capitalismo ya se hablaba de Carlos Rafael con mucho respeto”; Pedro Miret Prieto, “uno de los primeros jóvenes universita-

rios que se unieron a la lucha con la que se inició este proceso”, y Arnaldo Milián Castro, por su “brillante trabajo al frente de la provincia de Las Villas”.

Herederos de la misma tradición unitaria con que se había constituido el Partido en 1965, el nuevo Comité Central, como la sociedad misma, se pintó de blanco y de negro, dio cabida a la mujer y se nutrió de gente anónima como el combatiente internacionalista de Guinea Bissau, Pedro Rodríguez Peralta, en ese momento en una prisión de los colonialistas portugueses; el machetero Reinaldo Castro, un millonario de las zafras azucareras; Pilar Fernández, humilde trabajadora de una fábrica; el científico Zoilo Marinello o el poeta Nicolás Guillén.

Aunque se sabe que en el Partido y en la Revolución “no puede existir, ni existirá jamás el familiarismo (...) a veces dos cuadros se juntan”, explicó Fidel a los delegados e invitados de 86 delegaciones internacionales reunidos en el Karl Marx, para luego revelar el privilegio que representaba para él contar con un Segundo Secretario del Partido, que “además de un extraordinario cuadro revolucionario, sea un hermano”.

La relación familiar sirvió para que él, hermano mayor al fin, lo enrolara en el proceso revolucionario y lo invitara al Moncada, abundó el propio Comandante en Jefe en la clausura: “Y ese fue el comienzo. Y la prisión, y el exilio, y la expedición del Granma, y los momentos difíciles, y el Segundo Frente, y el trabajo desplegado durante estos años”, dijo al evocar la trayectoria de Raúl.

CONGRESO PARA RELEER

Más que un compendio de cifras o de ideas, el Informe Central al Primer Congreso del Partido constituye un retrato de la vida económica, política y social del país, luego de 16 años de Revolución, “un documento contundente”, al decir de Joaquín Bernal, uno de los 3 116 delegados a la

reunión, que echó luz sobre los aportes de esa etapa de la construcción del Socialismo cubano y también reconoció los errores cometidos en el período.

“Allí se discutió duro en las comisiones —recuerda Dagoberto Pérez Pérez, delegado por la región de Escambray, de la antigua provincia de Las Villas—; nosotros defendíamos la tesis de que era imposible estudiar trabajando. Recuerdo que Julio Camacho Aguilera condujo el debate de manera magistral y al final nos convencieron de lo contrario”.

En el Congreso, sin embargo, no solo se “cocinó” el informe; de las sesiones de trabajo celebradas entre los días 17 y 22 de diciembre de 1975 salieron también la Plataforma Programática del Partido; el Proyecto de Constitución de la República de Cuba, aprobado a la postre en referendo popular el 24 de febrero de 1976; la nueva División Político-Administrativa que dio al traste con el viejo esquema de la colonia y se implementó a partir de 1976; así como las Tesis y Resoluciones relativas a diversos ámbitos de la vida nacional.

El inminente VIII Congreso del Partido ha sido calificado como el de la continuidad no solo por el necesario relevo generacional que debe ocurrir —la dirección histórica que gestó, protagonizó y condujo la Revolución hasta aquí cede su responsabilidad a los “pinos nuevos” que ella misma ayudó a preparar durante décadas—, sino también porque, transformaciones y actualizaciones mediante, el rumbo de la Revolución es el mismo.

Tal y como consigna la nueva Constitución aprobada en la Asamblea Nacional y refrendada por el voto de la abrumadora mayoría de los cubanos en el 2019, el Partido Comunista de Cuba mantiene su condición de “fuerza política dirigente superior de la sociedad y del Estado”; la propiedad socialista sigue siendo la fundamental, aunque la Carta Magna reconozca otras; la política exterior continúa tan vertical e independiente como hace 45 años; las conquistas sociales —salud, educación, empleo, seguridad social, etc.— constituyen prioridad para el propio Partido, para el Gobierno y el Estado.

Lo mismo sucede con la eliminación de la discriminación racial y la lucha por la igualdad de la mujer, dos proyectos empujados por la Revolución desde el primer día, actualizados a tenor de los tiempos que corren y apuntalados sobre la base de una perspectiva científica, también estimulada y desarrollada por el Estado cubano, más allá de las campañas y las insidias.

Cuando por estos días en la Florida están siendo presentados dos proyectos de ley para educar sobre “los horrores del comunismo” —según la propuesta, el dominio de la materia debe ser una condición para vencer los estudios de secundaria—, y en España la presidenta de la Comunidad de Madrid Isabel Díaz Ayuso ha lanzado la disyuntiva de “comunismo o libertad”, resulta elocuente que las Tesis y Resoluciones aprobadas hace 45 años por los comunistas cubanos abrazaran entonces una máxima leninista que ha marcado pautas hasta los días de hoy y que sigue siendo brújula nacional: “El Socialismo es imposible sin la democracia”.